

por esto juzgó Bonaparte ser aquella una ocasión buena y digna de los distinguidos servicios que había prestado. Despachó correos á los ejércitos del Rhin y del Sambro y Mosa, que pasaron por Alemania para llegar más pronto y hacer cesar las hostilidades, en caso de que estuviesen comenzadas.

Lo estaban en efecto, en el instante mismo de firmarse los preliminares, pues Hoche, impaciente por entrar en acción, no cesaba de pedir las hostilidades. Moreau había acudido á París para solicitar los fondos necesarios á la compra de útiles de un puente, cuya orden se expidió al fin. Hoche salió por Neuwied al frente de su brillante ejército, mientras Championnet desembocaba con el ala derecha por Dusseldorf, y se dirigía á Ukerath y Altenkirchen. Acometió Hoche á los austriacos en Heddersdorff, donde habían formado fuertes trincheras: mató gran número de ellos, y les hizo cinco mil prisioneros. Después de esta gloriosa batalla se adelantó con rapidez hacia Francfort, arrollando siempre á Kray y procurando cortar la retirada. Iba á envolverle por medio de una hábil maniobra, y acaso hacerle prisionero, cuando llegó el correo de Bonaparte que anunciaba haberse firmado los preliminares.

Esta circunstancia contuvo á Hoche en lo mejor de su victoriosa marcha, causándole un profundo disgusto, porque se veía otra vez suspendido en su carrera. Si al menos los correos hubieran pasado por París, habría tenido tiempo para apoderarse enteramente de Kray, lo cual hubiera añadido un lauro más á su vida y ejercido la mayor influencia en las sucesivas negociaciones.

Mientras que Hoche se dirigía tan velozmente hacia el Nidda, Desaix, que había obtenido permiso de Moreau para atravesar el Rhin, intentaba una de las más arriesgadas empresas de que hace mención la historia de la guerra. Había escogido para el paso un punto mucho más abajo de Estrasburgo; y después de dar con su tropa un una isla pedregosa, pudo por fin abordar á la orilla opuesta, permaneciendo en ella veinticuatro horas, expuesto á ser precipitado en el Rhin, y precisado á luchar contra todo el ejército austriaco para sostenerse en unos sotos y pantanos, mientras se colocaba el puente sobre el río. Al fin verificóse el paso, persiguiendo á los austriacos por las Montañas Negras, y apoderándose de parte de sus oficinas. También aquí tuvo que suspender su marcha el ejército en medio de su triunfo, por el correo procedente de Leoben; debiendo ser muy sensible que los partes equivocados que recibió Bonaparte le obligasen á firmar tan pronto.

Después llegaron los correos á París, donde produjeron extraordinaria alegría á aquellos que deseaban la paz, pero no al Directorio, que creyendo formidable nuestra posición, veía con sentimiento el no haber sacado mejor partido. Larevelliere y Rewbel deseaban á fuer de filósofos la libertad de toda la Italia; Barras, como ardiente revolucionario, anhelaba que la república humillase á las potencias; y Carnot, que hacía algún tiempo afectaba moderación y apoyaba casi siempre los dictámenes de la oposición, no podía menos de apoyar la paz, pretendiendo que para hacerla estable no era necesario humillar enteramente al emperador. Agitaronse en el Directorio acaloradas discusiones sobre los preliminares; pero para no indisponerse demasiado con la opinión, pareciendo que deseaban eternizar la guerra,

decidieron por fin aprobar las bases sentadas en Leoben.

Mientras sucedía esto en el Rhin y Francia, ocurrían en Italia acontecimientos más importantes. Hemos visto que Bonaparte, sabedor de las alteraciones de los Estados venecianos, de la sublevación de los montañeses contra las ciudades, de la derrota de los brescianos á la vista de Saló, de la captura de doscientos polacos, del asesinato de muchos franceses y de la prisión de todos sus parciales, había escrito desde Leoben una carta fulminante al senado de Venecia. Encargó á su edecán Junot que la leyese él mismo en el senado, que pidiese en seguida la libertad de todos los prisioneros y la pesquisa y entrega de los asesinos, prescribiéndole que saliese al momento de Venecia, publicando una declaración de guerra si no se le daba satisfacción cumplida. Junot presentóse al senado el 26 germinal (15 abril), y leyó la amenazadora carta de su general, portándose con toda la rudeza de un soldado victorioso. Le respondieron que los armamentos hechos no tenían más objeto que conservar la subordinación de los Estados de la república; y que si se habían cometido asesinatos, era una desgracia involuntaria que se repararía. Junot no se contentó con vanas palabras, y amenazaba con publicar la declaración de guerra si no se ponía en libertad á los presos de Estado y á los polacos y no se daba orden para desarmar á los montañeses y perseguir á los autores de todos los asesinatos. Sin embargo, lograron aquietarle y convenirse con él y el ministro francés Lallemand en escribir á Bonaparte y enviarle diputados para acordar las satisfacciones que exigiera. Dos fueron los elegidos: Francisco Donat y Leonardo Giustiniani.

Pero entretanto continuaba la agitación en los Estados venecianos, y las ciudades se hallaban en continua guerra con los campesinos y montañeses. Los agentes del partido aristócrata y monacal esparcían los rumores más falsos sobre la suerte del ejército francés en Austria, diciendo que había sido envuelto y destruído, apoyándose en dos hechos para autorizar sus noticias. Bonaparte, al mandar que se le reunieran los dos cuerpos de Joubert y Bernadotte, que había hecho pasar el uno por el Tirol y el otro por Carniola, dejó sus alas en descubierto. Joubert había batido y dispersado á Kerpen al otro lado de los Alpes, pero había dejado á Laudon en una parte del Tirol, desde donde salió éste sublevando á todos los habitantes de aquellas montañas, y bajando por el Adige para encaminarse á Verona. El general Servier, que había quedado guardando el Tirol con mil doscientos hombres, se retiraba poco á poco hacia Verona para refugiarse cerca de las tropas francesas que se hallaban en la alta Italia. Al mismo tiempo, un cuerpo de ejército de igual fuerza que estaba en Carniola, retirábase ante los croatas, insurrectos como los tiroleeses, y se replegaba sobre Palma-Nova. Estos eran hechos insignificantes, y el ministro de Francia Lallemand se esforzaba en demostrar al gobierno de Venecia su poca importancia, para evitar que cometiese nuevas imprudencias; pero todos sus razonamientos eran inútiles, y mientras Bonaparte obligaba á los plenipotenciarios austriacos á ir á tratar en medio de su cuartel general, circulábase en los Estados de Venecia que le habían batido y cercado y que iba á perecer en su loca empresa. El partido enemigo de los franceses y de

la revolución, á la cabeza del cual figuraban los más de los individuos del gobierno veneciano, sin que éste pareciese tomar parte alguna, mostrábase más exaltado que nunca. En Verona, sobre todo, era grande la agitación: esta ciudad, la más importante de los Estados de Venecia, era la más expuesta al contagio revolucionario, porque se hallaba inmediata á Saló en la línea de las ciudades insurrectas: los venecianos tenían empeño en salvarla expulsando á los franceses, y todo les incitaba á ello, tanto las disposiciones de los habitantes como la afluencia de montañeses y la aproximación del general Laudon. Había ya tropas italianas y esclavas al servicio de Venecia, y dióse orden para que se acercasen otras; de manera que muy pronto quedaron interceptadas todas las comunicaciones con las ciudades vecinas. El general Balland, que mandaba en Verona la guarnición francesa, se vió separado de los otros comandantes que se hallaban en los alrededores; y más de veinte mil montañeses invadieron la campiña. Los destacamentos franceses eran atacados en los caminos; los frailes predicaban al populacho en las calles, y víose parecer un falso manifiesto del podestá de Verona, en el que se aconsejaba la matanza de los franceses. El nombre de Battaglia con que se había firmado el documento bastaba para probar su falsedad; mas no contribuyó menos á excitar los ánimos. Por último, un parte comunicado por los jefes del partido en Verona, anunciaba al general Laudon que podía avanzar, y que se le entregaría la plaza. Esto sucedía en los días 26 y 27 germinal (15 y 16 de abril); no se tenía noticia alguna de Leoben y el instante parecía ser en efecto el más á propósito para un golpe de mano.

El general Balland estaba alerta: había dado á todas sus tropas la orden de retirarse á los fuertes á la primera señal; reclamó á las autoridades venecianas por los atentados cometidos contra los franceses, y sobre todo contra los preparativos que veía hacer; pero sólo obtuvo palabras evasivas y ninguna satisfacción completa. Entonces escribió á Mantua y á Milán en demanda de auxilios, y mantúvose dispuesto á encerrarse en los fuertes. El 28 germinal (17 de abril), segundo día de Pascua, manifestóse en Verona una extraordinaria agitación, y varios grupos de paisanos entraron gritando: ¡Mueran los jacobinos! Balland mandó á sus tropas retirarse á los fuertes dejando sólo destacamentos en las puertas y declaró que al primer acto de violencia abrasaría la ciudad; pero hacia el mediodía oyéronse silbidos en las calles; los revoltosos se precipitaron sobre los franceses; varios grupos armados acometieron á los destacamentos que guardaban las puertas y mataron á los que no tuvieron tiempo de refugiarse en los fuertes. Feroces asesinos corrían contra los franceses desarmados á quienes sus deberes retenían en Verona, dábanles de puñaladas y los arrojaban al Adige. No respetaban ni aun los hospitales, y se mancharon con la sangre de una parte de los enfermos. Sin embargo, todos aquellos que podían escapar y que no habían tenido tiempo de correr á los fuertes, refugiábanse en el palacio del gobierno, donde las autoridades venecianas les daban asilo, para que la matanza no pareciera obra suya. Más de cuatrocientos infelices habían perecido ya, y la guarnición francesa se estremeaba de rabia al ver á los franceses asesinados y sus

cadáveres flotando á lo lejos en el Adige. El general Balland ordenó al punto el fuego y cubrió la ciudad de balas. Podría reducirla á cenizas; pero si los montañeses que habían llegado no se inquietaban por esto, los habitantes y magistrados venecianos, poseídos de espanto, quisieron parlamentar para salvar su ciudad, y enviaron un parlamentario al general Balland á fin de entenderse con él y contener el desastre. El general Balland consintió en escuchar las proposiciones para salvar á los infelices que se habían refugiado en el palacio del gobierno, y en los cuales se quería vengar todo el daño ocasionado á la ciudad. Había allí mujeres, niños de los empleados de las administraciones, enfermos escapados de los hospitales, y era urgente librarles del peligro. Balland exigía que se le entregasen todas aquellas personas en el acto, que se mandara salir á los montañeses y á los regimientos esclavones, que se desarmase al populacho, y que se le dieran como rehenes varios magistrados venecianos que garantizasen la sumisión de la ciudad. Los parlamentarios deseaban que fuera un oficial á tratar en el palacio del gobierno. El intrépido jefe de brigada Beaupoil tuvo el valor de aceptar esta misión: cruzando entre las oleadas de un populacho furioso que hubiera querido despedazarle, llegó al fin á presencia de las autoridades venecianas; pero pasó toda la noche en inútiles discusiones con el proveedor y el podestá, sin poder avenirse. No se quería desarmar, rehusábase dar rehenes, y exigíanse garantías contra las venganzas que el general Bonaparte iba á ejercer seguramente contra la ciudad rebelde; pero mientras continuaban estas negociaciones, las hordas furiosas que habían invadido á Verona no cumplían con el convenio de no hacer fuego durante las conferencias. Tiroteábanse con los fuertes, y nuestras tropas hacían salidas. A la mañana siguiente, 29 germinal (18 de abril), el jefe de brigada Beaupoil volvió á entrar en los fuertes, en medio de los mayores peligros, sin haber obtenido nada. Súpose que los magistrados venecianos, no pudiendo contener á la furiosa multitud, habían desaparecido; y como comenzase de nuevo el tiroteo contra el fuerte, el general Balland mandó aplicar de nuevo la mecha á sus cañones para hacer fuego contra la ciudad sin descanso. Declaróse el incendio en varios barrios, y algunos de los principales habitantes se reunieron en el palacio del gobierno para encargarse de la dirección de la ciudad en ausencia de las autoridades. Parlamentóse de nuevo y se convino en no tirar más; pero tampoco esta vez cumplieron con el convenio los insurrectos, quienes no cesaban de tirar contra los fuertes. Los feroces paisanos que inundaban la campiña se precipitaron sobre la guarnición del fuerte de la Chiusa, situado en el Adige, y la asesinaron, haciendo lo mismo con los franceses diseminados en los pueblos alrededor de Verona.

Pero el instante de la venganza se acercaba: varios correos que partieron en todas direcciones habían ido á dar cuenta de lo que pasaba al general Kilmaine. Llegaban tropas de todas partes: este jefe había dado orden al general Chabrán para marchar en el acto con mil doscientos hombres, mandando al jefe de la legión lombarda Lahoz que avanzase con ochocientos y á los generales Víctor y Baraguay-d'Hilliers con sus respectivas divisiones. Mientras se efectuaba este movimiento de



tropas, el general Laudon recibió la noticia de haberse firmado los preliminares, y habíase detenido en el Adige. Después de un sangriento combate que el general Chabrán hubo de empeñar con las tropas venecianas, la ciudad de Verona quedó cercada por todas partes, y entonces los furiosos que habían degollado á los franceses pasaron de la más atroz violencia al mayor abatimiento. No se había dejado de parlamentar y de tirar durante las jornadas del 1.º al 5 floreal (del 20 al 24 abril); los magistrados venecianos acababan de reaparecer; exigían aún garantías contra las venganzas que les amenazaban, y habiéndoseles concedido veinticuatro horas para decidirse, se marcharon otra vez. Reemplazóles una municipalidad interina, y al ver á las tropas francesas dueñas de la ciudad y dispuestas á reducirla á cenizas, entregóse sin condiciones. El general Kilmaine hizo cuanto pudo para impedir el saqueo; mas no le fué posible salvar el Monte de Piedad, el cual quedó en parte despojado. Mandó fusilar á varios de los jefes de la insurrección, cogidos con las armas en la mano; impuso una contribución de un millón cien mil francos á la ciudad para pagar á sus tropas, y destacó su caballería por los caminos para desarmar á los paisanos y acuchillar á los que resistiesen. Después se esforzó para restablecer el orden, y escribió al momento el parte al general en jefe, para esperar su resolución respecto á la ciudad rebelde. Tales fueron los asesinatos conocidos con el nombre de *Pascuas veronesas*.

Mientras ocurría esto en Verona, cometíase en Venecia un acto mas odioso aún, si es posible. Un reglamento prohibía á los buques armados de las potencias beligerantes penetrar en el puerto del Lido: un lugre mandado por el capitán Laugier, y que formaba parte de la flotilla francesa en el Adriático, perseguido por dos fragatas austriacas, habíase refugiado debajo de las baterías del Lido, saludando con nueve salvas. Prevínosele que se alejara, á pesar del tiempo y de los buques enemigos que le perseguían; y cuando ya iba á obedecer, sin darle tiempo para enderezar el rumbo, las baterías hacen fuego sobre el desgraciado barco, acribillándole sin piedad. El capitán Laugier, conduciéndose con generosa abnegación, manda á sus tripulantes bajar á la bodega, y sube á cubierta con una bocina para hacerse escuchar y repetir que se retira; pero al mismo instante cae muerto con dos de sus hombres. En seguida llegan varias lanchas venecianas, montadas por esclavones, abordan el lugre, precipítanse sobre el puente, y degüellan á la tripulación, excepto dos ó tres infelices, que son conducidos á Venecia. Este deplorable acontecimiento ocurrió el 4 floreal (23 abril).

En aquel momento se recibió la noticia de la matanza de Verona, la toma de esta ciudad y la aceptación de los preliminares. El gobierno se veía completamente comprometido, y no podía contar ya con la ruina del general Bonaparte, quien lejos de estar cercado y batido, era victorioso y acababa de imponer la paz al Austria. Iba á encontrarse ahora en presencia de aquel general todopoderoso cuya alianza había rehusado y cuyos soldados acababa de asesinar; y de consiguiente estaba poseído de terror. No era verosímil, sin embargo, que hubiese ordenado oficialmente la matanza en Verona y las crueldades cometidas en el puerto de Lido, y no se conocería la marcha de los gobiernos dominados por las

facciones si tal se supiera: los gobiernos que se hallan en esta situación no necesitan dar las órdenes cuya ejecución desean; les basta dejar obrar á la facción de cuyos deseos participan; le dejan sus medios, y hacen por medio de ella lo que no se atreverían á hacer por sí mismos. Los insurrectos de Verona tenían cañones, estaban apoyados por regimientos regulares venecianos; el podestá de Bérgamo, Ottolini, había recibido muy anteriormente todo lo necesario para armar al paisanaje; y así es que después de facilitar los medios, el gobierno no tenía que hacer otra cosa sino dejar obrar: esto fué lo que hizo.

En el primer instante, sin embargo, cometió una imprudencia al otorgar una recompensa al comandante de Lido por haber hecho respetar, según dijo, las leyes venecianas. No podía, pues, lisonjearse con la idea de alegar ante Bonaparte excusas valederas, y envió nuevas instrucciones á los dos diputados Donat y Giustiniani, que sólo estaban encargados al principio de contestar á las intimaciones hechas por Junot el 20 germinal (15 abril). Entonces no eran conocidos los acontecimientos de Verona y de Lido; mas ahora, los dos diputados debían cumplir con una misión muy distinta y explicar otros acontecimientos. Avanzaron en medio de los gritos de alegría arrancados por la noticia de la paz, y bien pronto comprendieron que ellos solos tendrían motivos para estar tristes en medio de tan grandes acontecimientos. En el camino supieron que Bonaparte, para castigarles por haber rehusado su alianza, por sus rigores contra sus partidarios, y por algunos asesinatos aislados cometidos en franceses, había cedido una parte de sus provincias al Austria. ¡Qué sería cuando llegase á tener conocimiento de los odiosos sucesos que se habían seguido!

Bonaparte volvía ya de Leoben, y al tenor de los preliminares, replegaba su ejército contra los Alpes y el Isonzo. Los diputados le hallaron en Gratz, y fuéronle presentados el 6 floreal (25 abril): no tenía entonces conocimiento más que de la matanza de Verona, que había comenzado el 28 germinal (17 abril), ignorando el suceso de Lido, que ocurrió es 4 floreal (23 abril). Habíanse provisto de una carta del hermano del general, con la esperanza de ser recibidos más benévolamente; y presentáronse temblorosos ante aquel hombre *verdaderamente extraordinario*, según dijeron, *por la viveza de su imaginación, su genio impetuoso y la fuerza invencible de sus sentimientos* (1). Acogióllos con política, y reprimiendo su enojo, permitióllos explicarse largamente; después, rompiendo el silencio, les contestó: «¿Están libres ya mis prisioneros? ¿Se ha perseguido á los asesinos? ¿Se ha desarmado á los paisanos? No quiero ya inútiles palabras: mis soldados han sido asesinados, y la venganza debe ser ruidosa.» Los dos enviados quisieron hablar de nuevo sobre las circunstancias que les obligaron á prevenirse contra la insurrección, sobre los desórdenes inseparables de semejantes acontecimientos y la dificultad de apoderarse de los verdaderos asesinos. «Un gobierno tan bien servido por sus espías como el vuestro, repuso vivamente Bonaparte, debería conocer á los verdaderos instigadores de esos asesinatos. En

(1) *Veramente originale, ma forse non più che per vivacità d'immaginazione, robustezza invincibile di sentimento, ed agilità nel ravvisarlo esternamente.*

cuanto á lo demás, sé muy bien que es tan despreciable, que no puede desarmar ya á los que armó; pero yo los desarmaré por él. He celebrado la paz, tengo ochenta mil hombres, iré á destrozar vuestros calabozos, y seré un segundo Atila para Venecia. No quiero ya inquisición ni Libro de oro, que esas son instituciones de los siglos de barbarie. Vuestro gobierno es demasiado caduco, y es preciso que se derrumbe. Cuando yo estaba en Goriza, ofrecí á Mr. Pezaro mi alianza, dándole consejos razonables; pero rehusó. Esperabais mi vuelta para cortarme la retirada: ¡pues bien, ya estoy aquí! No quiero tratar más. Quiere imponer la ley. Si no tenéis otra cosa que decirme, podéis retiraros.»

Estas palabras, pronunciadas con enojo, aterraron á los enviados venecianos, quienes solicitaron una segunda entrevista; mas no pudieron obtener otras palabras del general, que persistió siempre en las mismas intenciones, y cuya voluntad era evidentemente imponer la ley á Venecia, y aniquilar por la fuerza una aristocracia, á la cual no pudo corregir con sus consejos. Sin embargo, muy pronto tuvieron otros motivos de temor, al recibirse los detalles de la matanza de Verona, y sobre todo la odiosa crueldad cometida en el puerto de Lido. No osando presentarse á Bonaparte, se aventuraron á escribirle una carta de las más sumisas, para ofrecerle todas las explicaciones que pudiera desear. «No puedo recibiros estando llenos de sangre francesa, contestó; os escucharé cuando me entregéis los tres inquisidores de Estado, el comandante de Lido, y el jefe de la policía de Venecia.» Sin embargo, como había llegado un último correo referente al acontecimiento de Lido, consintió en verlos, aunque rehusando escuchar proposición alguna antes que se le entregaran las cabezas pedidas. Los dos venecianos deseando entonces valerse de un medio que más de una vez había sido muy útil á la república, trataron de proponerle una reparación de otro género. «No, no, replicó el general irritado; aunque cubrieseis esta playa de oro, ni todos vuestros tesoros ni los del Perú bastarían para pagar la sangre de uno solo de mis soldados.»

Bonaparte los despidió: era el 13 floreal (2 de mayo); y acto continuo publicó una declaración de guerra contra Venecia. La constitución francesa no permitía al Directorio, ni tampoco á los generales, declarar la guerra; pero autorizábales á rechazar las hostilidades comenzadas; y apoyándose Bonaparte en esta disposición y en los acontecimientos de Verona y Lido, declaró que se daba principio á las hostilidades, dispuso que el ministro Lallemand saliese de Venecia, mandó derribar el león de San Marcos en todas las provincias de tierra firme, instituyó ayuntamientos en las ciudades, hizo proclamar por doquiera la caída del gobierno veneciano; y mientras avanzaban sus tropas, que volvían de Austria, mandó al general Kilmaine marchar con las divisiones Baraguay-d'Hilliers y Víctor á las lagunas. Sus determinaciones, tan prontas como su enojo, quedaron cumplidas en el acto. En un abrir y cerrar de ojos se vió desaparecer el antiguo león de San Marcos desde las orillas del Isonzo hasta las del Mincio, siendo reemplazado por el árbol de la libertad; por todas partes avanzaron tropas, y el cañón francés resonó en aquellas orillas, donde no se había oído hacia tanto tiempo.

La antigua ciudad de Venecia, situada en medio de

sus lagunas, podía aún ofrecer dificultades casi invencibles hasta para un general que acababa de humillar al Austria. Todas las lagunas estaban armadas: tenían treinta y siete galeras, ciento sesenta y ocho lanchas cañoneras, con setecientas cincuenta piezas, y ocho mil quinientos marineros ó artilleros; contaban además con una guarnición de tres mil quinientos italianos y once mil esclavones, víveres para ocho meses, agua dulce para dos y los medios de renovar las provisiones. No éramos dueños del mar; carecíamos de lanchas cañoneras para cruzar las lagunas; y era preciso avanzar con la sonda en la mano á lo largo de aquellos canales desconocidos para nosotros, sufriendo el fuego de innumerables baterías. Por intrépidos y audaces que fueran los vencedores de Italia, semejantes obstáculos podrían detenerles, obligándoles á emprender un sitio de varios meses. ¡Y á cuántos acontecimientos habría dado lugar una tardanza de tantos meses! El Austria rechazada habría podido desear los preliminares, volver á la liza, ó crear nuevos obstáculos.

Pero si la situación militar de Venecia ofrecía recursos, su estado interior no permitía emplearlos energicamente. Así como los cuerpos ya gastados, aquella aristocracia estaba dividida; no tenía los mismos intereses ni las mismas pasiones; la alta aristocracia, dueña de los empleos y honores y disponiendo de grandes riquezas, era menos ignorante y tenía menos preocupaciones que la inferior, abrigando sobre todo la ambición del poder. La mayoría de la nobleza, excluida de los destinos, atendida á los socorros, ignorante y furiosa, tenía las verdaderas preocupaciones aristocráticas; unida al clero, excitaba al pueblo, que le pertenecía, como sucede en todos los Estados donde la clase media no es aún bastante poderosa para atraerle á sí. Aquel pueblo, compuesto de marinos y artesanos, de carácter duro, supersticioso y medio salvaje, estaba dispuesto á entregarse á todos los furros. La clase media, compuesta de menestrales, comerciantes, legistas, médicos, etc., deseaba como en todas partes el establecimiento de la igualdad civil, regocijándose de la aproximación de los franceses; pero no osaba dar á conocer su alegría ante un pueblo al que se podía inducir á los mayores excesos, antes de efectuarse una revolución. Por último, á todos estos elementos de división agregábase una circunstancia no menos peligrosa: el gobierno veneciano tenía á su servicio esclavones, esa soldadesca bárbara, que extraña al pueblo veneciano y á menudo en hostilidad con él, esperaba sólo una ocasión para entregarse al saqueo, sin la intención de servir á ningún partido.

Tal era la situación interior de Venecia: este gobierno gastado estaba á punto de dislocarse, y los grandes que en él figuraban temían luchar contra un guerrero como Bonaparte; á pesar de que Venecia podía resistir muy bien, no pensaba sin espanto en los horrores de un sitio, en las iras de dos partidos irritados, en los excesos de la soldadesca esclavona y en los peligros á que se hallaría expuesta Venecia con sus establecimientos marítimos y comerciales. Temían sobre todo ver sus propiedades, situadas todas en tierra firme, secuestradas por Bonaparte y expuestas á la confiscación. También temían por las pensiones de la nobleza inferior, que se perderían seguramente si prosiguiendo la lucha hasta lo último se originaba una revolución. Pensaban que